

# ALGUNAS (NO CINCO) INTUICIONES (NO TESIS) GENERALES (NO FILOSOFICAS) SOBRE EL MOVIMIENTO POPULAR

*Alberto Barrera*

Los constantes fracasos de los partidos de izquierda, atrapados casi exclusivamente en la dinámica electoral, y cierta fuerza, aún breve, del trabajo y desarrollo de la organización popular, empiezan a mostrar un proceso reciente en la historia política del país: el cambio de espacios en la actividad política. Dicho de otra forma: la praxis política de oposición comienza a entenderse y a realizarse desde otros lugares: del partido y del sindicato a los grupos populares, a las comunidades cristianas de base, a los movimientos vecinales, a los comités de salud, a... De la noción de vanguardia iluminada a la noción de comunidad y autogestión; de la visión unilateral de la lucha, acompañada muchas veces de una actitud salvadora, a una visión más amplia y libre donde la economía y la reivindicación laboral comparten y trabajan junto al orgasmo (ese divino desorden de la piel), la medicina natural, la religiosidad, los piropos, la ecología... Esta manera diferente de entender(se) parece indicar, a nivel global, un proceso de desestructuración y estructuración de un orden cultural, la gestación de una nueva síntesis cultural. A nivel concreto, este cambio busca, por un lado, hacer de la práctica civil una experiencia de poder y, por otro lado, eliminar —o al menos distanciarse/crear otras relaciones— de los instrumentos tradicionalmente políticos del país.

Es decir que ya no hablamos de "masas populares" (imagen de rebaño torpe esperando luz y palo). Ahora nos nombramos de otra forma. Sin duda, el término Movimiento Popular anda en sus mejores días. Para efecto de estas páginas partiremos de algunas ideas que aportan los compañeros del equipo de A-LAI (1) para proponer una posible caracterización de lo que entendemos por Movimiento Popular: Una fuerza social que tiene un campo de acción muy amplio (desde la lucha reivindicativa primaria hasta la formación en el área de sexuali-

dad, desde el trabajo de alfabetización hasta la organización campesina...). Una fuerza que realiza un proceso (aunque sea mínimo) de articulación nacional y que, además, no se agota en la coyuntura sino que se piensa, y se construye, desde una perspectiva más sólida. Esto, por su parte, no implica que exista una dirección política (ni siquiera una explicitación política). Más bien, este Movimiento tiene un desarrollo desigual en donde conviven avances y retrocesos, claridades y ambigüedades, espacios de mayor o menor presencia según sea la capacidad política de sus actores, las situaciones específicas y la correlación global de fuerzas sociales.

Desde este territorio el trabajo de base, pequeño, anónimo, ha ido ganando espacios y validez como camino y opción de trabajo. Quizás una mirada sobre el cómo la izquierda venezolana ha ido viviendo este camino en la actividad política puede darnos más pistas sobre el asunto: En 1985, con motivo de una jornada de reflexión sobre el país (a propósito de los 200 años de la U.L.A.), Douglas Bravo, líder del extinto P.R.V. ("agita, propaga y organiza" hasta hace pocos años), afirmaba lo siguiente:

¿Cuál es la salida que nosotros proponemos?

Consideramos necesario poner en la calle un proyecto revolucionario que no puede estar circunscrito a la unidad de las izquierdas —ese sería un profundo error—, sino tendiente a unir al pueblo, a los civiles, militares y sacerdotes progresistas, para transformar a Venezuela... (2)

Igualmente los disidentes de la Liga Socialista se proponen "transitar un camino opuesto al de la izquierda venezolana" y asumir como prioridad, y como línea de acción, "la organización y el trabajo en la base popular" (3). Y no muy lejos, al menos en teoría, está el grupo que se quedó en la L.S. De la misma manera movimientos como La Otra Cultura; experiencias

como las de algunos sindicatos clasistas y los continuos debates en algunos partidos (piénsese en la Causa R., p. e.) apuntan en este sentido. Muchas hojas más se podrían gastar en registrar la desesperación, la duda, la búsqueda rica y los intentos menos favorables de la izquierda en los últimos años: desde la crisis del M.A.S. (¿para qué hablar de esa pradera de peñeros con plumas de tucán, halcones con dientes y etcétera?) hasta los esfuerzos por reconstruir una fuerza guerrillera (a-mén por Yumare). En definitiva, aparte de los que siguen dándole a la vida siempre por el mismo costado, podríamos afirmar que los partidos (o alguna parte de ellos) y ciertos movimientos sociales tradicionales han caído en cuenta de que, al lado de ellos, se ha venido generando un Movimiento diferente, que trabaja, se quiere independiente y que, aun débilmente, aspira a determinados espacios de poder, construye en conjunto un pensamiento y una práctica común.

Todo este proceso, además, no puede verse alejado de lo que ha sido la historia cultural de occidente en los últimos tiempos: la revisión crítica de los socialismos reales, la crisis del marxismo, la perspectiva de la carrera armamentista, la configuración de nuevos modelajes utópicos... Cuando Edgardo Lander, integrante del viejo equipo de Proceso Político, afirma que "el ciclo del socialismo ha muerto" (4) no sólo propone otro análisis de la realidad, no sólo introduce perspectiva del reciente pensamiento europeo, no sólo nos abre a otras referencias teóricas (Gorz, Morin, etc.) sino que, además y sobre todo, da cuenta de un proceso cultural diferente, señala otro cuerpo para estar en la vida, otro lenguaje que busca apropiarse y nombrar la realidad, otro lenguaje que —parece que definitivamente— mandará al séptimo carajo a la palabra "revolución".

El Movimiento Popular parece surgir, entonces, como otra posibilidad de ir

significando la actividad política, otra posibilidad histórica y utópica, otro intento de resemantizar un proyecto liberador. Obviamente todo esto nos suena enorme y lleno de eco, obviamente todavía andamos en camino, con debilidades y errores. Sin embargo, sí podemos constatar (nuestra práctica cotidiana, nuestras discusiones así lo dicen) que el Movimiento Popular ha venido creciendo con un aire distinto, más plural, más fresco y, también, más efectivo, evitando los errores del pasado: ese estilo rígido (siempre) y aburrido (eternamente), esa imaginación plana, ese sacrificio desgastador ("hay que dejar el pellejo en las alambradas"), ese orden (organizativo, formativo, moral, discursivo, sexual...) que hizo de la "cultura revolucionaria" (y cristiana en muchos casos) un poder lento, torpe y, en general, más represivo y menos convocador que la propia "cultura burguesa". Así es que, posiblemente, el Movimiento Popular se presenta hoy como un espacio con mayores posibilidades de superar aquel problema de la alternancia del que hablaba Karel Kosik:

"...entre el revolucionarismo, que supone que la revolución va a arreglar todas las contradicciones de la realidad humana, y el escepticismo revolucionario y posrevolucionario que estima que la revolución no puede arreglar ninguna de esas contradicciones. (5)

Ahora bien, cuando este Movimiento Popular empieza a pensarse desde una práctica que se quiere participativa, democrática y, también, explícitamente política, desde la posibilidad de hacer de su praxis una experiencia de poder, comienzan entonces a surgir nuevas preguntas, nuevos retos. Y aquí, nuevamente, podríamos retomar la historia: La práctica política tradicional de izquierda mantuvo siempre su obsesión por el poder; su idea fija: "la conquista del poder". Esta obsesión (sana y lógica, por demás) estuvo siempre marcada por una noción que ubicaba el poder en lugares exactos más que en trabajos y relaciones, en posesión y en ejercicio propio de espacios específicos (aparatos) de incidencia social, más que en generar y construir organizaciones y relaciones de poder. El poder siempre estaba más allá. Al poder siempre había que "llegar".

Desde esta perspectiva el trabajo de base, el trabajo de organización popular estaba casi exclusivamente dedicado a la agitación (permanente o esporádica) o (fila india y marcha lenta) hacia asuntos electorales. Así vimos pasar zonas de conflicto (siempre coyunturales) y profesionales de la revolución; así asistimos (La Guerra del Pueblo de Fabricio Ojeda

en el sobaco) a interminables discusiones sobre la mentalidad de poder, el poder revolucionario, el Estado y el Poder Burgués. Así vimos luchas enormes y combativas por un miserable centro de estudiantes de liceo, reuniones clandestinas, sueños de infiltración en las Fuerzas Armadas... Y así, con el tiempo, hemos visto pasar a los amigos que ahora juran que la lucha de clases es algo así como el cuento del ratón Pérez, archivos ambulantes del escepticismo nacional, buenos adocos que —como todo adoco— hicieron su kinder en la izquierda... Total que el poder siempre fue para mañana y mañana ya pasó. Total que la vida se fue estrechando cada vez más y, entonces, nunca entraron los chivudos a Miraflores (¡Oh achantada insurgencia popular!) ni tampoco los no chivudos llegaron a Miraflores (¡Oh apática masa votante!). Es decir que como no "llegamos" al poder (a esa líquida habitación, salón brillante que iba a solucionar todo) tampoco tuvimos la vida, ni la formación, ni el crecimiento, ni etcétera.

Y toda esta dinámica social y política adquiere una vigencia significativa en estos tiempos que, con facilidad y amplitud, han sido bautizados bajo el concepto de "La crisis": Ya nos recorre un espeso humo de desconfianza hacia los partidos... el discurso político está gastado y magullado (después de la "democracia con energía", después de "el gobierno de los pobres", aún después del "pongamos al país en marcha"... ¿Qué más lejos vamos a llegar?)... la retórica institucional se debilita, el acceso a la información y la participación, cada vez mayor, de nuevos actores en la vida política le dan una imagen confusa y extraña a nuestros días. Tal vez por eso resulta simple pretender, hoy por hoy, definir la realidad en base a la típica noción del bipartidismo democrático. Creemos, más bien, que el fenómeno del bipartidismo, no sólo no explica la situación política venezolana, sino que es, únicamente, una estrategia del poder, una estrategia que, por un lado, se articula al sistema ideológico dominante y, por otro lado, cumple un papel funcional (y posiblemente temporal) en los momentos de elecciones.

De alguna manera estamos diciendo que, en el país, el poder se ha escapado de las instituciones para ocupar otros lugares de la vida social. El poder, escidido de la institucionalidad democrática que le da legalidad y que representa (al menos en el discurso jurídico-social) el control de la comunidad, se consolida en aparatos propios, maquinarias y relaciones autónomas del juego tradicionalmente político de la sociedad. Así, por ejemplo, encon-

tramos candidaturas millonarias que han generado su propio andamiaje y que surgen, viven y se desarrollan sin la mínima posibilidad de intervención del C.S.E. o del mismo partido. Así, día a día, en el discurso informativo se refuerza que, más allá de las largas conversas y declaraciones de principios del Congreso Nacional, el lugar de debate y decisión sobre el país está (reside, se ejerce) en el C.E.N. de A.D. Así, también, encontramos la consolidación de un poder (muy ligado a la noción de eficacia) a través de una metodología que ha generado sus propias reglas y su propia burocracia: la corrupción. Así asistimos a una sociedad civil controlada, no sólo por la famosa partidocracia (engaño que siempre ha supuesto que un cambio en los lugares, los aparatos y sus prácticas, ya soluciona los problemas) sino, además y/o sobre todo, porque esta sociedad civil está diseñada (pensada, producida, simbolizada...) desde un poder que construye y controla sus propias formas de ejercicio (llámese gobierno u oposición, derecha o izquierda...).

Por lo complejo de la situación, porque la historia no es una Epson pulida y precisa, nos parece riesgoso que, actualmente, exista una tendencia fuerte, dentro del Mov. Popular, de ir, estar, pensarse anti o contra los partidos. Este riesgo descansa en dos elementos: por un lado, esta tendencia confunde un elemento de la realidad (la práctica de algunos partidos) con el elemento que explica la realidad; por otro lado, un planteamiento de esta naturaleza tiende, en general, a prolongarse y a generar cierto aire de que todo lo que tenga que ver con política menuda, negociación, prácticas concretas, es algo destinado al control y a la manipulación, a la suciedad y a la trampa. Y esto puede ser un obstáculo, justo ahora, cuando el Movimiento Popular comienza, débilmente, como instrumento organizado de la comunidad, a restituirle el poder a la sociedad civil. Los procesos de articulación, la campaña por la reforma municipal, la necesidad —cada vez más urgente— de formar políticamente a una dirigencia colectiva y popular son hechos que nos hablan de toda esta situación.

No quisiéramos finalizar estas intuiciones sin volver a tocar (rozar, tan siquiera) algo en lo que, ya en otras ocasiones, hemos insistido: la dimensión cultural de nuestro trabajo. Trataremos, brevemente, de establecer las relaciones de "lo cultural" con lo que hasta aquí hemos desarrollado. Para eso quizás es bueno recalcar que lo que entendemos por cultura (y por cultura popular, trabajo cultural, etc.) está marcado por una clara intencionali-

dad política: la cultura como un elemento fundamental —y como fuerza constructora— de un proyecto de transformación social. En este sentido es que proponemos la cultura como "el diario vivir", como nuestro intercambio cotidiano de representaciones. Más allá de las manifestaciones artísticas, más allá del folclore, de las tradiciones y las costumbres, de los conocimientos repetidos, entendemos la cultura como la forma en que, como pueblo, vivimos, producimos, representamos, compartimos, simbolizamos... la realidad. Por eso entendemos que el trabajo cultural no descansa (no es responsabilidad) en los grupos o "promotores" culturales, sino que, más bien, toda persona, toda organización popular es, continuamente, productora, emisora, transmisora, reproductora de símbolos y signos, de relaciones y discursos, de cultura.

Frente a esto, frente a este carácter dinámico y cotidiano de la cultura (que olvida, por fin, aquella gastada noción de "rescate cultural") entendemos, también, que —de cara a nuestro trabajo como Movimiento Popular— es necesario ubicar el sentido bivalente de la cultura popular. Bivalente porque encontramos, en nuestra cotidianidad, elementos de sometimiento, de dominación y elementos de resistencia

y liberación. Y en este punto reside uno de los grandes retos del Movimiento Popular: alimentarse y construirse como proyecto liberador y, a la vez, saber cuestionar y generar una consciencia crítica sobre aquellos elementos de la cultura popular que legitiman (hasta en el orden afectivo y de los deseos) la situación de opresión y desarraigo en la que vivimos.

Creemos que el Movimiento Popular (con todos los retos, caminos y vertientes que hemos visto) sólo puede hacerse desde la dinámica cultural del pueblo. Más aún: creemos que el trabajo popular es, o debería ser, un trabajo cultural. En otras palabras: Mientras nuestra propuesta no esté enraizada —profundamente alimentada— en el complejo mundo cultural (en ese diario vivir, en la racionalidad, en la conformación ético-mítica, en la simbología, en la estética, en la manera de vivir la producción, la comida, la sexualidad...) del pueblo, todos nuestros esfuerzos quedarán cortos. Dicho de otra forma: mientras nuestro punto de partida (no estratégico sino vital) no integre una Junta de Vecinos con la duda sobre una monta del Campeón Tovar en la quinta del domingo, un cassette con Mercedes Sosa por el lado A y las Chicas del Can por el lado B, el deseo por tener un equipo de sonido (e-

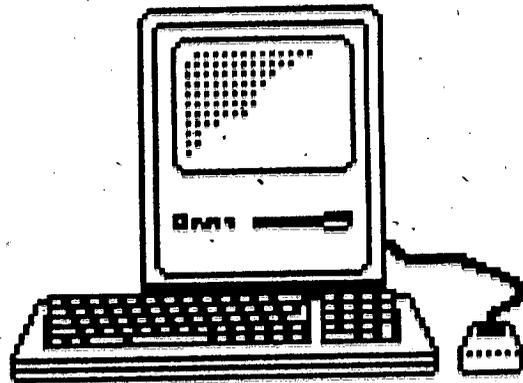
norme y potente), la forma de seducir rozando el hombre en los carritos, el fastidio por la misa, el café generoso, la comunión de "El Salvador Vencerá" en el cine club con Roky IV (el domingo a las 7 en la T.V.), la devoción por Ismael Rivera y el placer de las esquinas, el chiste como forma de explicar una realidad, el odio a la berenjena, el culto al pene, la esperanza de decir, a cada rato, "pa'lante, como el sapo, aunque le puyen los ojos"... mientras nuestro proyecto de transformación sólo esté expresado en términos de "transformación de las estructuras", "socialización", "sociedad más justa y humana", etc. no encontraremos las resonancias y las potencialidades de en "los poderes creadores del pueblo".

#### NOTAS

1. Agencia Latinoamericana de Información —ALAI—. Boletín Abril 1983.
2. En: Revista Actual U.L.A. N° 13. 1985.
3. Papel Mimeografiado: "Propuesta de Bases Comunes".
4. Papel de la Escuela de Sociología (U.C.V.). Estudios de la problemática Nacional.
5. En "Dialéctica de la moral, moral de la dialéctica". En El Hombre Nuevo. Barcelona: Edic. Martínez Roca, 1969.

*Los trabajos que  
usted escribe en su*

**Macintosh**



*se los podemos editar en nuestra* **IMPRESORA LASER**

*en la redacción de esta revista*